

lia y la Polonia; que debía renunciar á la Polonia porque quería continuar siendo amigo de la Rusia, pero quedaba la Italia (1).

En diciembre se fijó el convenio con el Piamonte, en el cual se le prometía la Lombardia y Venecia, Parma, Módena, la Romagna y las Legaciones, debiendo ceder á la Francia la Saboya; al Papa se le dejaba únicamente Roma y las inmediaciones por vía de jardín, como dijo About. El anuncio de la guerra se hizo público el primer día del año 1859, cuando en la recepción del cuerpo diplomático dijo el emperador Napoleón al embajador austriaco, baron de Hübner: «Siento que las relaciones de mi gobierno con el Austria no sean tan buenas como antes; pero suplico á usted diga á su soberano que respecto de él no han cambiado mis sentimientos personales.» Estas palabras resonaron por toda la Europa como un cañonazo de alarma, y Pereire dijo á Napoleón despues que este tiro costaba á la Francia mil millones, por la baja de todos los valores públicos franceses (2).

CAPITULO VII

LA GUERRA DE ITALIA

El Austria estaba preparada para el lenguaje amenazador de Napoleón; se había ocupado ya desde mediados de noviembre en planes de movilización, y no se dejó engañar por los esfuerzos del gobierno francés para quitar á las frases de Napoleón la trascendencia que tenían, calificando en un artículo del *Monitor* como infundadas las voces nada tranquilizadoras que corrían. Se ha creído que Napoleón llegó á vacilar, pero esto no fué serio, conforme lo prueba el aditamento que recomendó al discurso de la corona del 10 de enero de 1859, cuando se le presentó previamente (3). Encontró demasiado fuerte la expresión de que el Piamonte aguardaba los sucesos venideros con perfecta claridad y decisión, pero hizo proponer por Mocquard la famosa de que el rey del Piamonte no podía continuar insensible, no obstante todo el respeto que tenía á los tratados, al grito de dolor que llegaba á él desde todas las partes de Italia. Esta frase costó á la Francia según Pereire otros dos mil millones. Fueron principalmente estas pérdidas financieras las que entonces en Francia hicieron la guerra enteramente impopular. Excelentes bonapartistas, como Próspero Merimee (4), se lamentaban de la increíble cobardía que prevalecía, y atribuyeron la culpa á la monarquía de julio, que durante diez y ocho años había propagado el culto de los intereses materiales, causando la degeneración de la sangre antigua del pueblo galo. De modo que no se temía á la revolución, á pesar de ser un peligro verdadero, sino la baja de los valores públicos. Los ministros y los salones eran contrarios á la guerra (5); Thiers escribió una comunicación en este sentido que fué enseñada al emperador, el cual encontró en ella algunas cosas acertadas, pero el total de muy corto alcance (6). Aquel viejo orleanista, que siempre había considerado la debilidad de los países vecinos como elemento indispensable del poderío francés, temía que la Italia engrandecida pudiera llegar algún día á ser enemiga de Francia, y Merimee temió también que manifestara algún día su gratitud reclamando la Córcega (8 de abril de 1859, tomo II,

(1) Jerrold, tomo IV, págs. 156 y 162.

(2) Jerrold, tomo IV, pág. 183; carta de lord Cowley á Malmesbury, del 11 de enero.

(3) Chiala, tomo III, pág. 42.

(4) En su carta á Panizzi, tomo I, pág. 21.

(5) Viel Castel, tomo V, pág. 14.

(6) Senior, tomo II, pág. 243.

pág. 27). Esta opinión favorable á la paz solo duró el tiempo que pareció indecisa la cuestión de guerra. Cuando ya no quedó lugar á duda, dijo también Merimee que el espíritu galo se había despertado otra vez; que reinaba un entusiasmo hasta cierto punto grandioso, pero también terrible; que el público saludaba la guerra con alegría, lleno de confianza; que los soldados marchaban á campaña como si fueran á un baile; que el emperador era más popular que nunca, y que un obrero le dijo (á Merimee): «Bigotillos (*Moustachu*) es el más fuerte, pues tiene los papeles de su tío.»

Si algo podía dar cuidado al emperador era la actitud de la Prusia, que se vio impulsada por la opinión pública á aproximarse al Austria. Napoleón envió al almirante La Roncière-le-Noury á San Petersburgo y de paso también á Berlín, donde fué muy bien recibido y donde propuso á la Prusia el Holstein, el Hanover y el Hesse-Electorado si el gobierno prusiano apoyaba al francés en el asunto de Italia; pero el gabinete de Berlín permaneció fiel á su política de no comprometerse (7). Por un momento mostró también la Rusia una actitud ambigua, exigiendo en cambio de su apoyo á la política de Napoleón, que se anulaban las disposiciones de la paz de París desfavorables á la Rusia, á lo cual no pudo acceder Napoleón por las consideraciones que debía á Inglaterra, pero accedió sin dificultad á la exigencia de que no se suscitara la cuestión de Polonia. Estos temores, sin embargo, no influyeron ya en las disposiciones del emperador. En 11 de febrero ordenó al mariscal Castellane en Lyon que tuviera sus tropas dispuestas para ponerse en marcha (8); dos días despues dijo el *Monitor* que el príncipe Napoleón había salido para Turín, y otros periódicos añadieron á esta noticia que se trataba de sus desposorios con la hija del rey del Piamonte y de una alianza de guerra. En efecto, el 18 de enero se efectuó la alianza conforme había sido convenido anteriormente; el 23 se celebraron los desposorios y el 30 del mismo mes la boda.

La joven princesa era en realidad una víctima de la política, porque ningún porvenir halagüeño le esperaba. La emperatriz no le era favorable, y el orgullo de la princesa de antiquísima estirpe aumentó la antipatía. Muy bien pudo ser que la joven princesa contestara á la emperatriz al darle ésta algunos consejos maliciosos en materia de *toilette*: «Señora, usted olvida que he nacido en la corte;» expresión que Eugenia no olvidó. Peor fué la conducta del príncipe, que pronto volvió á sus amoríos, dando que hablar con sus relaciones con Cora Pearl y la señora Claudin, relaciones que no trató de ocultar; de suerte que la vida de la princesa, que se mostró poco en las Tullerías, fué monótona y triste, dedicada enteramente á la educación de sus hijos, á prácticas religiosas y obras piadosas. No llegó á ser popular (9).

La llegada de los recién casados á la capital fué saludada con dos manifestaciones políticas. El 4 de febrero vió la luz pública el folleto: *Napoleón III y la Italia*, escrito por La-gueronniere y revisado por el emperador, en el cual se expusieron las razones que debían conducir á la guerra, y se excitaba á la diplomacia á hacer antes lo que de todos modos había de hacer despues. La otra manifestación fué que el 7 de febrero abrió el emperador la cámara con un discurso de la corona en el cual dijo que la excitación existente debía sorprender sin duda por no existir peligro visible y que por lo mismo era testimonio de una excesiva desconfianza y temor; pero refiriendo á renglón seguido su desavenencia con el gabinete de Viena, que en su opinión exigía un espíritu

(7) Sybel, pág. 42.

(8) El duque de Almazan: *La guerre d'Italie*, Paris, 1882, página 54.

(9) Sylvanecte, pág. 128.

muy conciliador, y exponiendo la situación anormal de Italia, donde tropas extranjeras estaban encargadas de mantener el orden. No llamó la atención la inmediata observación de que esto no era motivo suficiente para creer en la guerra, de suerte que muy pocas personas creyeron en la conservación de la paz.

Entretanto Cavour trabajaba sin descanso en los preparativos de la guerra; pidió y obtuvo de la cámara la autorización de emitir un empréstito de cincuenta millones, y mien-

tras que el príncipe consorte de Inglaterra contaba en tono triunfante (1) que el ministro piamontés no tenía crédito y que sus banqueros no eran capaces de suscribirse siquiera por mil libras esterlinas, los pequeños capitalistas suscribieron con exceso en el mismo país el empréstito pedido, firmando ochenta millones en lugar de cincuenta (2). Los armamentos que se hicieron públicos se efectuaron con mucha lentitud, empezando por acercar las guarniciones más distantes á la frontera austriaca y admitiendo en el ejército los



Lord Cowley.

muchos voluntarios que acudieron de otros países italianos y en particular de la Lombardia. Por su parte La-Farina, que estaba en comunicación constante con Cavour por un lado y con Garibaldi y varios patriotas por otro, se ocupaba con actividad febril en preparar en todas partes la sublevación y la formación de compañías de voluntarios. Era de la mayor importancia evitar estallidos prematuros, y La-Farina lo consiguió completamente gracias á la disciplina del partido de acción, no obstante los muchos elementos republicanos que comprendía.

En Viena no se empleó tanto trabajo para ocultar los preparativos militares que el gobierno adoptaba, porque por un lado no le convenía detenerse en escrúpulos diplomáticos para proceder con energía, y por otro tenía que hacer en pocos meses lo que había descuidado desde muchos años. El estado del ejército austriaco no era satisfactorio bajo muchos conceptos, faltándole en primer lugar oficiales suficientes y sobre todo idóneos y simpáticos á la tropa, y respecto á división, armamento y vestuario, apenas se había aprovechado la experiencia de las últimas guerras. En segundo lugar, más de la mitad del ejército se hallaba en la parte oriental de la monarquía, teniendo el gobierno aus-

tríaco en Italia tres cuerpos, en junto aproximadamente cincuenta y cinco mil hombres, mandados por el muy inepto Giulay; y hallándose todavía en vía de construcción el ferrocarril de Sommering, no había medio de enviar rápidamente tropas á la Lombardia. El gobierno austriaco ansiaba hacia años la conclusión de este ferrocarril para poder proveer de artillería pesada el potente cuadrilátero á orillas del Adige y del Mincio, cuyas plazas y fortificaciones estuvieron armadas durante toda la guerra con cañones de á seis y de á doce, mientras las piezas destinadas á las fortificaciones se hallaban en la última estación del ferrocarril, esperando la conclusión de éste para ser llevadas á su destino. Si las negociaciones que precedieron á la guerra no hubiesen sido tan largas como fueron, el gobierno austriaco no habría podido presentar en la Italia alta un ejército apto para emprender una campaña; pero las tentativas de mediación de las grandes potencias le dieron tiempo para adelantar sus armamentos; y si faltaba todavía mucho para tener los preparativos completos, fué culpa únicamente de la lentitud propia de la administración austriaca.

(1) T. Martin, tomo IV, pág. 357.

(2) Chiala, tomo III, pág. 309.

Hacia fines de febrero tuvo Giulay á sus órdenes, además del 5.º, 7.º y 8.º cuerpos que ya tenía, el 3.º, y puesta en pié de guerra toda esta fuerza, de 100,000 hombres aproximadamente; por manera que en caso de un ataque súbito habría sido superior á los piamonteses, cuya fuerza disponible escasamente pasaba de 70,000 hombres. El gobierno de Viena sabía muy bien que en caso de victoria no faltaría el golpe de rechazo, y por otra parte no quería ser el agresor, por cuya razón el conde Buol, en una nota del 25 de enero, pidió la mediación del gobierno inglés. A consecuencia de esto, lord Malmesbury, por medio de los embajadores ingleses, invitó á los gobiernos de Francia y del Piamonte á exponerle sus quejas. Contestando á esta invitación, pidió Walewski en nombre del emperador, el 16 de febrero, la anulación de los tratados de protección hechos por el Austria con los Estados italianos; el establecimiento en ellos de gobiernos constitucionales; el gobierno laico de las Legaciones, dirigido por un príncipe romano nombrado por el Papa, y la rebaja de contribuciones en los Estados de la Iglesia. Cavour tardó mas en contestar, y finalmente vino á decir que la diplomacia era ya incapaz de curar los males de Italia. Lord Malmesbury no había esperado esta contestación y había encargado al embajador inglés en París, lord Cowley, que pasara á Viena para ver si podía llegar á un arreglo sobre las bases de las reclamaciones francesas. Al mismo tiempo el cardenal Antonelli dirigió á los embajadores austriaco y francés en Roma una nota, diciendo que el Papa se creía bastante fuerte para mantener el orden en los Estados de la Iglesia y deseaba entrar en negociaciones relativas á la retirada de las tropas extranjeras.

Entonces pareció por un momento que Napoleón vacilaba, y el *Monitor* dijo en un artículo, en su número del 4 de marzo, que el emperador únicamente había prometido proteger al reino del Piamonte contra un ataque del Austria, y que todo cuanto había añadido la exageración de la prensa era pura fantasía, mentira y demencia. La impresión que causaron estas palabras fué muy grande. El príncipe Napoleón presentó en 7 de marzo la dimisión de su cargo de ministro de Argelia y tuvo con el emperador una escena muy borrasca; Víctor Manuel autorizó á Cavour, en el consejo de ministros del 6 de marzo, para llamar las reservas, y mantuvo esta resolución aun cuando el embajador inglés, James Hudson, le hubo comunicado oficialmente la declaración del conde Buol de que el Austria no atacaría al Piamonte. Ya fuese casualidad ó cálculo acertado, Cavour consiguió con esta actitud que lord Cowley se retirase, en 10 de marzo, de Viena, sin haber conseguido ningún resultado y con la convicción de que el Austria no entraría en negociaciones mientras que el Piamonte no hubiese desarmado, considerando el desarme como garantía de la sinceridad del gobierno francés.

La aparente vacilación y retirada de Napoleón fué solo puro cálculo, con objeto de apartar de sí la apariencia de turbar la paz y á fin de tener tiempo para encontrar el pretexto de dar principio también á sus armamentos y concluirlos. Si el Austria entretanto agotaba sus recursos bajo la presión de sus cargas militares, esta sería una ventaja mas para Napoleón. Guiado por estos cálculos, hizo publicar en el *Monitor* del 15 de marzo un artículo muy vivo contra la actitud belicosa de la prensa alemana, y por otra parte indujo al gobierno ruso á proponer un congreso de las cinco grandes potencias. Esto indignó á los gabinetes de Londres, Viena y Turin; y Cavour declaró que presentaría su dimisión si el Piamonte no fuese invitado al congreso. El gobierno inglés rechazó esta pretensión y pidió que Napoleón obligara al gobierno piamontés al desarme, y finalmente el con-

de de Buol añadió á estas pretensiones la del Austria, que pedía que el congreso no discutiera cambios territoriales. Napoleón entretanto había dado su asentimiento á la proposición rusa, sin mencionar ninguna de estas pretensiones diferentes. La violencia extraordinaria de Cavour exigía la mayor prudencia, porque este ministro amenazó al embajador francés, diciendo que el asunto de Italia pasaría adelante aun contra la voluntad del emperador de Francia; que en todas partes se hallaban prontos á entrar en acción los comités revolucionarios que el gobierno piamontés había organizado con el consentimiento de Napoleón, y que él mismo, Cavour, pondría la mecha al barril de pólvora, y cuando la Italia estuviera ensangrentada, tendría que marchar la Francia aunque no quisiera (1). Se sabía que en los raptos de apasionamiento de Cavour había á menudo bastante cálculo, pero en este caso habría sido muy capaz de ir adelante; por esto le llamó Napoleón á París mientras seguían las negociaciones, para ver si podía calmarle. Cavour persistió en su actitud y amenazó con dirigirse á América y allí probar, con la publicación de los documentos que poseía, que Napoleón era el autor de la complicación y que él solo había sido su instrumento. Víctor Manuel por su parte escribió en el mismo sentido al emperador: «Al verme forzado á renunciar al trono de mis mayores, me vería también obligado, como lo debo al nombre de mi familia y al bien de la patria, á revelar al mundo los motivos que me impulsaran tan doloroso sacrificio (2).» Esta firmeza dió resultado, y cuando Cavour partió el 30 de marzo de París, lo hizo con la convicción de que la guerra era ya inevitable. Esta seguridad consoladora quedó muy rebajada por la creencia de que Napoleón tardaría todavía por lo menos dos meses en entrar en acción, y que después operaría simultáneamente á orillas del Po y del Rhin; y de aquí la convicción de Cavour de que debía redoblar sus esfuerzos militares (3), pensando que no estaría bien á los italianos triunfar solo con las armas francesas, y que no podían salvar su país en una guerra general sino peleando mejor y presentando ante el enemigo mayores fuerzas que los franceses.

Entretanto lord Malmesbury se esforzaba en vano por inducir al conde Buol á admitir sin reservas la proposición del congreso, diciéndole que así el Austria tendría una posición excelente, bastando que ambos ejércitos se retirasen de las fronteras y que se dejara al congreso la cuestión del desarme. Estas reflexiones del ministro inglés no produjeron ningún resultado, como tampoco su proposición del desarme de todas las grandes potencias juntamente con el del Piamonte, con cuya proposición se declaró en principio conforme Walewski en 10 de abril, bajo la condición de que el congreso fijara los pormenores.

Al propio tiempo Napoleón (al cual Cavour había telegrafado el 9 de abril que el gobierno austriaco había dado al noveno y décimo cuerpos de ejército la orden de marchar á Italia) dispuso la formación de dos nuevas divisiones y envió á Turin al coronel Saget, para avisar á aquel gobierno que tuviera disponibles medios de transporte y víveres para las primeras necesidades, porque si el Austria atacara se pondría en marcha como el rayo sin detenerse por ningún obstáculo.

El conde Buol contestó en 12 de abril á la comunicación del gobierno inglés relativa á la última proposición francesa, que el gobierno austriaco entraría en el congreso solo cuando fuera un hecho el desarme general ó por lo menos el del Piamonte, y que esta era la última palabra del Austria.

(1) Rothan: *La France en 1867*, tomo II, pág. 78.

(2) *Memorias del duque de Coburgo*, tomo II, pág. 479.

(3) Chiala, tomo III, pág. 323.

Entonces la diplomacia inglesa dedicó todo su celo y actividad á inducir á la Francia y al Piamonte á empezar el desarme, y Napoleón accedió en efecto por lo que tocaba á su ejército; pero se negó á exigir lo mismo del Piamonte, hasta que por fin en 15 de abril, acosado por las instancias cada vez mas urgentes de lord Cowley, que dijo á Walewski que en vista de la resistencia de Napoleón nadie creía en su

amor á la paz, cedió también en este último punto y prometió aconsejar al gobierno del Piamonte el desarme, con la condición de que las grandes potencias accedieran á admitir en el congreso á todos los Estados italianos con voz y voto. En el primer instante quedó Cavour estupefacto y telegrafió al príncipe Napoleón: «Primero morir vencido con las armas en la mano.» Luego, sin embargo, se tranquilizó al compren-



Vaillant, ministro de la Guerra (según fotografía)

der que la condición impuesta por Napoleón no podía ser aceptada; por cuya razón contestó á la invitación de desarme del gobierno inglés que el Piamonte no titubearía en proceder como la Francia si se le hubiese invitado al congreso, pero que no habiendo sido invitado, solo podía prometer no extender sus armamentos mientras el Austria no aumentara en adelante sus fuerzas en Italia. Esta contestación fué publicada también en el periódico oficial del 18 de abril.

En estas circunstancias lord Malmesbury efectuó un nuevo movimiento. Convencido de que el Austria no admitiría de ningún modo la igualdad del Piamonte con las grandes potencias, y habiendo recibido además el 16 de abril de manos del embajador austriaco el aviso de que el conde Buol pediría directamente en Turin por medio de un *ultimatum* el

desarme, propuso en 18 de abril por telégrafo en París que se admitieran en el congreso los Estados italianos, no con derechos iguales, sino en las condiciones en que habían asistido en 1821 al congreso de Laibach. Napoleón accedió á esta fuerte rebaja de su condición, y envió en la noche siguiente (á la una y media del 19 de abril) la orden telegráfica á Cavour de prometer el desarme con esta condición. Entonces empezaron para el ministro piamontés las horas mas angustiosas y agitadas de aquellos días. Cuando el secretario de la embajada francesa le presentó el despacho, Cavour estaba en cama, y gritó con voz trémula y dándose un puñetazo en la frente: «¡Ahora sí que no me queda mas recurso que saltarme la tapa de los sesos!» A la mañana siguiente temieron sus amigos que perdería el juicio: de un solo golpe parecía todo perdido. Cavour después de semanas